

UN VIAJE EN BUSCA DE UNO MISMO, de Ángela Domínguez Carrasco (1º Bach)

CAPÍTULO UNO: EXPERIENCIAS

Hace calor, mucho calor. Aquí en Sevilla alcanzamos en verano al menos treinta y cinco grados. Pero tumbada en la cama y con el ventilador puesto es algo más soportable. Aunque lo mejor de esta época es la tranquilidad de tener la mente despejada: sin exámenes, sin trabajos y disfrutando de los resultados de junio.

Sin embargo, aún me queda una preocupación, una gran preocupación: mi hermana pequeña, Paula. Solo tiene catorce años y hace unas semanas, mientras nos preparábamos un tranquilo desayuno de domingo, me dijo que estaba completamente enamorada de un chico. Recuerdo que lo dijo con timidez, como si me fuera a enfadar, ya que yo le dije que nada de parejas hasta que estuviese en la Universidad. Es cierto que estaba enfurecida, pero por dentro, porque conseguí guardar dentro de mí mis inquietudes y concentrarme en tener una voz dulce para explicarle, de nuevo, que debía esperar para poder tener una relación.

No tardó nada en aclararme que no era un chaval cualquiera que le pareciera guapo, sino alguien al que conocía bien desde pequeña, una persona en la que confiaba muchísimo. En aquel momento casi se me cae el plato donde llevaba el desayuno. Sabía perfectamente de quién hablaba.

—Es... Jorge... ¿verdad? —dije incluso algo mareada.

—Eh... sí... lo siento —susurró Paula cabizbaja.

Jorge es su mejor amigo desde hace unos años. Siempre ha sido un chico amable, comprensivo y extrovertido, algo infantil y demasiado sensible a veces, pero para nada una mala persona.

Sé lo difícil que es encontrar un amigo de verdad, alguien que te respete, te acompañe y te trate como a un igual. Esa es la relación que tienen mi hermana y Jorge. Yo misma he podido comprobarlo; siempre que a ella le ocurría algún problema en la escuela, él siempre era el primero en darle su apoyo y, cuando no podía hacer nada para ayudarla, al menos siempre le hacía sonreír para que todo fuese más liviano.

¿Cómo reaccionaría él si se enterase de los sentimientos de Paula? Realmente, él lo puede pasar mal si tiene que rechazarla y romperle el corazón; aparte, sé que mi hermana también sufriría mucho con esa situación.

Al final, decidimos ocultárselo y esperar a que ella dejara de tener estos sentimientos.

Oigo a alguien subir las escaleras rápidamente. Esa persona llama a la puerta y me incorporo para abrirle. ¡Es Paula! Está muy feliz, no para de dar saltos.

—¡Olivia!

—¿Qué... te pasa? —pregunto confundida.

—¡La familia de Jorge se va de viaje y nos han invitado a ir! ¡Mamá nos deja ir, de verdad!

—Ah... ¿Y cuándo nos vamos?

—Mañana. Te viene bien, ¿verdad? Ya no tienes que estudiar.

Trago saliva. No me esperaba que fuera tan pronto, pero es cierto que no tengo nada que hacer. Sé que mi madre quiere que sea más independiente y que aprenda a cuidar mejor de Paula, ya que a veces la he descuidado un poco, cuando la dejaban a mi cargo; por eso seguro que no nos acompañará en el viaje.

—Mamá no viene con nosotras, ¿verdad?... —digo avergonzada.

—¡Exacto y ya sabes por qué! —exclama ella entre risas.

—Si no hicieras tantas trastadas...

—Vamos a ir a Cádiz, ¡a Chipiona! Ellos se han comprado un piso cerca de la Playa de Regla. Haz tus maletas rápido y que no se te olvide nada —dice Paula interrumpiéndome.

Y con una gran sonrisa se va de mi habitación para hacer sus maletas también. Sé la razón por la que está tan feliz. Obviamente no es solo por el viaje. Le encanta pasar tiempo con su amor platónico, a pesar de saber que aún tiene que esperar bastantes años antes siquiera de pensar en tener una pareja.

CAPÍTULO DOS: EL VIAJE EN COCHE

Son las diez de la mañana. Paula y yo estamos esperando con nuestras maletas en la puerta de casa a que la familia de Jorge venga a recogernos.

Después de un rato, atisbo en la distancia un coche, el de ellos. Miro a Paula, ella se ve bastante feliz.

El coche se detiene y salen de él Jorge y sus padres. Nos saludamos, hacía tiempo que no les veía. Parecían contentos de verme. Luego Jorge se acercó y me dio un abrazo, no antes de habérselo dado a Paula, por supuesto. Nos despedimos de mamá y nos montamos en el vehículo. Me he sentado al lado de Paula y su amigo. Al poco tiempo él se duerme apoyado en el hombro de ella. Ninguno de los dos parece incómodo con esta situación.

Durante el viaje pienso en este chico. Él siempre quiere estar con ella: sentarse juntos, prefieren hablar de sus gustos entre los dos a pesar de tener más amigos alrededor, a veces le coge de las manos aunque sea por un momento, en alguna ocasión ha soltado que la quería y luego se ha evadido diciendo que era una broma...

Todo esto me lo ha contado Paula. Además, a veces he podido comprobarlo por mí misma.

Sigo inmersa en mis pensamientos. De repente, el coche da un frenazo. Me sobresalto, aunque pronto descubro que solo es que nos hemos parado porque ya hemos llegado a nuestro destino.

Paula y yo estamos asombradas por la altura del bloque de pisos. Normalmente, estos edificios son conocidos por su altura descomunal, pero es que este era especialmente grande. Por lo visto, cuenta con veinticuatro plantas y su casa se encuentra en la veintitrés.

—Estupendo... —pienso— ¡con lo que me gustan las alturas...!

Algunos de nosotros subimos por las escaleras y otros por el ascensor; al final nos encontramos todos en nuestra residencia.

—¿Qué tal si dejamos las maletas rápido y nos vamos a la playa? Es bastante temprano todavía —propone la madre de Jorge.

Todos estamos de acuerdo en ir ahora y volver a tiempo para comer.

CAPÍTULO TRES: RABIA ACUMULADA

Aquí estoy, dirigiéndome a la Playa de Regla con la familia del “novio” de mi hermana, observando atentamente cómo caminan juntos y lo felices que parecen ser.

—¡En qué me he metido! —exclamo, pero solo yo puedo escucharlo, pues lo digo para mí.

Parece evidente que él también siente algo por ella. Es bastante irónico, ya que son tan jóvenes, saben tan poco de la vida y, sobre todo, no saben la suerte que tienen de tener a su lado alguien en quien confiar plenamente, algo tan valioso que podría perderse si alguno de los dos escupe lo que siente.

Me estoy empezando a enfadar mucho. Lo que está pasando es injusto. Ojalá se pudieran controlar los sentimientos de amor y hacer que aparecieran en un momento adecuado de la vida, cuando ya estuvieras preparada para enfrentar al menos los problemas básicos. Pero, aunque tuvieran la edad suficiente, uno de ellos podría rechazar al otro y después de eso su relación jamás volvería a ser la misma.

Estoy ensimismada. De pronto, Paula me estira de la manga.

—Olivia, ya hemos llegado —me dice dulcemente—. Jorge y yo vamos a dar un paseo y coger conchas.

—Estupendo... yo me quedaré aquí y me daré un baño... —respondo con timidez.

Mi hermana sabe que algo me pasa, pero conoce muy bien que, cuando me siento estresada, prefiero pensar en soluciones yo sola.

La veo alejarse. Corre hacia su amigo y se dan un abrazo. Los observo de lejos mientras me meto en el agua.

Pasa un rato. Me dispongo a salir del agua y coger mi toalla. Cuando me estoy secando, viene Jorge a preguntarme algo.

—Oye, he pensado en hacer algo bonito con las conchas que he encontrado con Paula —sugiere con una gran sonrisa—, algo para el aniversario del día en el que nos conocimos. Fue el catorce de mayo, nunca se me olvidará.

Aquella palabra... aniversario... despierta algo en mí... algo incontrolable. Parece que voy a soltar toda mi rabia acumulada.

—Como... si fuera el aniversario de cuando empezasteis a salir... —susurro con una voz fría.

—¿Qué?... ¿no?... —dice dubitativo.

—¡Claro que no!, ¡por supuesto que no! —exclamo con ira—, no tenéis la edad suficiente, no sabéis cómo tener una relación sana, ¡no sabéis que todo puede perderse si tomáis una mala decisión ahora!

Miro a Jorge y me enseña sus ojos llorosos.

—Lo siento..., no quería molestar.

Sale corriendo. Jamás pensé que llegaría a decir algo así. Ninguno es culpable de esta situación, simplemente, el amor es injusto e inoportuno.

Termino de secarme y me dispongo a caminar por la orilla. El mar está precioso hoy, pero también es melancólico porque me recuerda a cuando era pequeña y viajaba con mi familia, a la época en que era inocente y no dudaba de mi bondad.

—¿Soy buena persona? —me pregunto observando el mar; el agua me responde con el sonido de las olas y el cielo con un intenso color azul, sin nubes—. No sé si lo que hago es correcto o no, pero sé que es para protegerles —afirmo en mi interior—, les quiero y deseo su bien.

Pasa un rato. Paula viene y le cuento lo ocurrido. Ella se enfada y comenzamos a gritarnos. Al final, las dos nos calmamos.

—Pensaré en algo para que os podáis reconciliar, pero, ¿por qué lo has hecho? —pregunta Paula con una expresión amenazante.

—Como sabes, estoy preocupada —digo firmemente—. Solo quiero que mantengas esa amistad tan verdadera.

Ella suspira. Vamos juntas a ver a Jorge. La excusa que me invento para justificar mi comportamiento es ridícula: “Discúlpame, por favor, por un momento no supe lo que decía”. Él sabe que algo más ocurre, pero quiere reconciliarse conmigo. Me perdona y me da un abrazo.

Han pasado unos días desde aquello y hoy volvemos a casa. En este viaje me he cuestionado muchas cosas sobre mi vida actual. Puede que tenga cosas que mejorar, pero todo lo que llevo a cabo es por el bienestar de mis seres queridos, o al menos, eso pretendo.